Presentación del libro "Razón Abierta. La idea de Universidad en J. Ratzinger / Benedicto XVI" (BAC-UFV, Madrid 2015)[[1]](#footnote-1)

Universidad Francisco de Vitoria

27 de octubre de 2015

*Marcos Cantos*

 El libro que hoy presentamos aquí nació a partir de un encuentro en septiembre de 2013 con el Instituto J. H. Newman de esta Universidad, en concreto con su director el Padre F. Sánchez y su coordinadora Rocío Solís, encuentro en el cual me pidieron escribir un artículo, que finalmente sería un libro, sobre la idea de Universidad en J. Ratzinger/Benedicto XVI. Desde aquí vuelvo a agradecerles la originalidad de su idea y la confianza que depositaron en mi persona para llevarla a cabo.

 Accedí sin saber muy bien lo que me iba a encontrar. De Ratzinger había leído sus obras fundamentales, y de Benedicto XVI seguido muchas de sus alocuciones; pero no había estudiado a fondo su idea concreta de universidad. Tampoco sabía lo que sobre este tema y autor concreto se había publicado. Pude comprobar, una vez que empecé a investigar, que se habían escrito algunos artículos sobre ello, pero se remontaban en general al año 2009 o 2010. Desde entonces habían transcurrido algunos años en los cuales Benedicto XVI se había vuelto a dirigir, en eventos de distinto tipo —y algunos muy significativos—, al mundo universitario. Lo que sí me llamó la atención fue que no se había publicado ningún libro sobre la Universidad según Benedicto XVI, y no digo ya sólo en España, sino tampoco fuera de ella. En este sentido, era un territorio aún "inexplorado".

 Pensamos también que sería una buena opción incluir, después del estudio sistemático, cronológicamente ordenados todos los discursos o mensajes que el Papa dirigió directa o indirectamente al mundo universitario y que yo había tenido en cuenta para el estudio. A mi juicio están todos. El Papa emérito hacia ya nueve meses que había renunciado al ministerio petrino, con lo cual ya no habría más discursos —luego sí que hubo uno más, por lo menos hasta ahora, que fue el mensaje que envío el 22 de octubre de 2014 a la Pontifica Universidad Urbaniana con ocasión de la inauguración del "Aula Magna Benedicto XVI", y que también está incorporado—. Así pues, el estudio está realizado a partir de textos procedentes de 20 libros suyos anteriores a su pontificado y sobre todo, ya como Papa, 54 alocuciones —especialmente discursos— dirigidos al mundo universitario, pero también al educativo y cultural. De este modo creo que resulta un libro bastante completo. Finalmente, se incluyó un Prólogo, bello ciertamente, del profesor de esta Universidad y miembro del Instituto Newman D. Salvador Antuñano, al cual de nuevo vuelvo a darle las gracias por ello. Y por supuesto, gracias también a la BAC, y a su director D. Carlos Granados, por editar, junto con la Francisco de Vitoria, este libro, dentro de la serie "Fe y razón".

# J. Ratzinger / Benedicto XVI: una voz autorizada para hablar de la universidad

 Benedicto XVI representa una de las voces actuales *más autorizadas* para reflexionar sobre la Universidad. ¿Por qué? Principalmente porque dicha reflexión no está construida desde ningún púlpito de cristal, sino que está profundamente marcada, entre otras cosas, por su experiencia directa e inmediata como profesor y catedrático en distintos centros superiores y universidades de Alemania (en concreto cuatro: Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona) a lo largo de veinticinco años, desde 1952 hasta 1977, y en algunas de las cuales desempeñará también puestos de gobierno, como por ejemplo decano en la Münster y decano también y vicerrector en la de Ratisbona.

 Este vínculo con el mundo universitario, aunque dejará de ser inmediato y cotidiano, no se va a romper cuando en 1977 sea consagrado obispo y nombrado arzobispo de Múnich-Frisinga. Tampoco cuando Juan Pablo II lo nombre, en 1981, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y tenga que establecerse en Roma. Muestra de ello es la gran cantidad de ponencias pronunciadas en diferentes universidades a las fue invitado a lo largo de todos estos años.

 Tampoco se romperá, finalmente, al ser elegido Papa en 2005. Durante sus casi ocho años de pontificado, los encuentros y discursos dirigidos específicamente al mundo universitario, y de modo más amplio al mundo académico —católico o no— superan, como dije anteriormente, los cuarenta. Él mismo, en 2008, en un discurso ante profesores y alumnos de la Universidad de Parma, recordaba este estrecho y permanente ligazón con el ámbito universitario con estas palabras: «como sabéis, la actividad universitaria fue mi ámbito de trabajo durante muchos años e, incluso después de no ejercerla, nunca dejé de seguirla y de sentirme especialmente vinculado a ella».

 A todo este bagaje de experiencia universitaria hay que añadirle el honor de haber sido invitado, fundamentalmente en su época de Prefecto, por innumerables instituciones académicas de distinto rango para impartir conferencias y lecciones; y no podemos olvidar las múltiples distinciones académicas que le han sido concedidas, entre las que destacan numerosos doctorados *Honoris Causa* en diferentes universidades. No nos equivocábamos, pues, cuando afirmábamos que su autoridad —como profesor y como obispo— para hablar sobre la universidad es, además de evidente, merecida.

# La universidad: identidad y peligros que la amenazan en la actualidad

## *Identidad de la universidad*

 Recuerda Benedicto XVI que la universidad fue creada hace más de ocho siglos *dentro de* e *impulsada por* el cristianismo. Concretamente, su origen remoto se encuentra en el monaquismo occidental de la Alta Edad Media, cuyo espíritu profundo estaba regido y sostenido por el *quaerere Deum* —la búsqueda de Dios—, no de un *Dios escondido*, sino el *Dios revelado* en Cristo. La universidad, que hereda y participa desde su mismo origen de este *quaerere Deum*, constituirá ya desde su origen un lugar privilegiado y específico para la «búsqueda de toda la verdad de nuestro ser». Eso significa que será también, e inseparablemente, una institución al servicio del hombre.

 Verdad y hombre constituyen entonces para Benedicto XVI momentos fundacionales y fundamentales en la realidad de la universidad. Su naturaleza, la búsqueda sincera e incansable de la verdad; su fin, la promoción del hombre y de la sociedad. En eso consiste su identidad originaria, y es tal identidad la que sigue haciendo de ella una realidadnecesaria para el hombre y la sociedad.

 Se entiende así que, cuando surgieron las primeras universidades en los siglos xii y xiii, éstas contasen, entre otras, con una facultad de teología y otra de filosofía, pues ambas, conservando cada una su propia identidad y metodología, contribuyen necesariamente tanto la búsqueda de la verdad del hombre y del mundo *en su totalidad* como la misión de mantener despierta la sensibilidad del hombre por la verdad última de todo lo real

## *Peligros que acechan la identidad de la universidad*

 Han transcurrido más de ocho siglos desde la fundación de las primeras universidades. ¿Cuál es, en líneas generales, la situación actual de éstas? Benedicto XVI es claro: la institución universitaria está amenazada hoy día por una serie de peligrosas reducciones y deformaciones que atentan muy seriamente contra su identidad originaria. A mi juicio, son seis los peligros que detecta el Papa alemán:

* Ceder ante una visión utilitarista y materialista de la educación universitaria.
* La tendencia a la fragmentación y a la falta de comunicabilidad que se da con demasiada frecuencia en los centros universitarios, lo que los hace incapaces de formar una unidad interior, una *universitas*.
* La mentalidad positivista, que en el momento actual ha alcanzado su máxima expresión en la *ideología* tecno-cientificista, que ha sido puesta como medida del saber y de la realidad y como esperanza última del hombre y de la realidad.
* Que la universidad se impregne de una cada vez más asumida mentalidad relativista que «se rinde ante la cuestión de la verdad» y que, bajo la máscara de una (supuesta) tolerancia, quiere imponerse hoy en muchos estratos de la sociedad y de la cultura. Es tanta la fuerza de persuasión de esta mentalidad que el Papa se refiere a ella como la ʻdictaduraʼ o ʻdogma del relativismoʼ.
* La pérdida de libertad. La universidad, por su propia naturaleza, es una institución libre que «debe estar vinculada exclusivamente a la autoridad de la verdad». Acostumbra a suceder que grupos de intereses ideológicos —la mayoría de las veces, por cierto, impregnados de un laicismo radical— intentan dominarla.
* La perdida de la constitutiva vocación social que poseen las universidades, centrándose e incluso reduciéndose a la estricta dimensión individual, y ésta además focalizada en «la conquista del éxito a toda costa».

## *Raíces y raíz última de la que emanan tales reducciones y deformaciones*

 Estas reducciones y deformaciones son consecuencia, dirá, de un triple reduccionismo que yo califico como *epistemológico*, *metafísico* y *científico*, los cuales, a su vez, provocan una reducción *antropológica*. Esta serie de reduccionismos, finalmente, brota de una misma y única raíz: la *eliminación* *de* *Dios* de la vida del hombre y de la sociedad, y por extensión, también de la universidad.

 En efecto, una de las tesis filosófico-históricas centrales del Papa emérito es que vivimos en un periodo histórico que él califica como el de la «autolimitación» o «empequeñecimiento» de la razón, una de cuyas causas principales se encuentra en la visión «positivista de naturaleza y razón», comprendida además de modo absoluto, y que tan presente está hoy día en la sociedad y en muchas de sus instituciones universitarias.

 Esta idea moderna de razón, «presupone la estructura matemática de la materia, su racionalidad intrínseca, que hace posible comprender cómo funciona y puede ser utilizada». Esto es, reconoce como un dato de hecho —en el cual se basa su método— la estructura racional de la materia, al tiempo que la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que intervienen en la naturaleza. En este sentido no es sólo que no sea errónea, sino que «es en su conjunto una parte grandiosa del conocimiento humano y de su capacidad, al cual de ningún modo debemos renunciar».

 El problema, decíamos, aparece cuando aquella visión se presenta con una pretensión absoluta —aquí está la *reducción epistemológica*—, con la consiguiente reducción de toda la realidad a lo «puramente empírico», rechazando con ello la intrínseca y esencial dimensión metafísica que aquélla posee —aquí está la *reducción metafísica*—. A partir de este criterio, *sólo* se considera científico «el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico» . Lo que no encaje dentro de este criterio positivista y empírico es considerado como no científico. De este modo, se termina cayendo en una «reducción del ámbito de la ciencia» —aquí está la *reducción científica*.

 Este triple reduccionismo, en su expresión universitaria, implica que las ciencias empíricas, experimentales y tecnológicas, «monopolizan los territorios de la razón». Nos encontramos así no sólo con un déficit y un peligro para la misma universidad, sino con una amenaza para la humanidad, pues aquella tríada reductiva porta en sí, en último término, una reducción del hombre, esto es, un déficit antropológico —aquí, finalmente, está la *reducción antropológica*.

 El concepto de *ratio*, pues, se ha deformado, se ha marginado a la razón que buscaba la verdad última de las cosas para dar lugar a una razón satisfecha con descubrir la verdad contingente de las leyes de la naturaleza. La posición de Benedicto XVI respecto de esto es clara y firme: *sí* a la razón en su auténtico sentido y riqueza plena, esto es, con la capacidad metafísica de pasar del fenómeno al fundamento; *no* a la *patología reduccionista* de la razón de cuño positivista, cientificista y utilitarista.

### El silenciamiento de la cuestión de Dios en el mundo universitario

 Ahondado aún más en ello descubrirá el Papa que bajo estos peligros subyace la rendición del hombre y de la universidad ante las cuestiones de la verdad, del sentido y del bien últimos y auténticos, siendo sustituidas por «la cuestión de la factibilidad». Estamos ante el silenciamiento e incluso renuncia a la constitutiva apertura del hombre a las verdades últimas y trascendentes, y en último término, a la verdad suprema, Dios. Y es que la razón positivista y empirista, que ansía imponerse cada vez con más fuerza en la universidad, opina que el problema de Dios es «una cuestión no-científica o pre-científica».

 Nos encontramos así con lo que podemos calificar como una *paradójica patología*: ese método científico que «nos permite conocer cada vez más a fondo las estructuras racionales de la materia, nos hace sin embargo cada vez menos capaces de ver la fuente de esta racionalidad, la Razón creadora», cerrándose con ello a la búsqueda y contemplación de una Verdad transcendente que la supera. De este modo, la universidad queda dominada «cada vez más por lo relativo y lo efímero» y se transforma, en cierta medida, en una «universidad líquida.

# Propuestas principales sobre la universidad

 ¿De qué modo concreto puede la universidad de *hoy* mantenerse fiel a su identidad originaria? Benedicto XVI es claro y firme: haciendo que aquélla redescubra la idea verdadera de razón, de realidad, de verdad y de ciencia, en último término, la idea adecuada de hombre.

 En efecto, el Papa considera necesario recuperar la «*apertura* a la realidad» en su totalidad, apertura que sólo es posible realizar por medio de una ʻrazón ensanchadaʼ, esto es, «una razón abierta a la cuestión de la verdad y a los grandes valores inscritos en el ser mismo y, por consiguiente, abierta a lo trascendente». La gran tarea de la universidad consiste en provocar e incentivar la cuestión por la verdad en sentido pleno e, inseparablemente, en «redescubrir constantemente la amplitud de la razón». Bajo tales condiciones, la universidad constituye «una ventaja para la formación global de la persona humana», en el sentido de que permite realizar una «auténtica maduración humana, científica y espiritual».

 A mi juicio, es dentro de este horizonte de apertura de la razón a toda la riqueza de la realidad desde donde podemos comprender la posición de Benedicto XVI respecto de la ciencia, que podemos formular sintéticamente con un «sí a las ciencias, no al cientificismo»: la realidad es tremendamente rica, presenta distintas dimensiones y modos de manifestación, incapaces de ser abarcados por una mera razón cientificista. Por tanto, frente a la estrechez de la racionalidad cientificista, «la amplitud de la racionalidad, que tiene que conocer diversos métodos según la índole del objeto. Lo inmaterial no puede ser abordado con métodos que corresponden a lo material».

### La universidad, promotora de un nuevo humanismo

 Todo lo anterior podemos englobarlo dentro de la propuesta antropológica de Benedicto XVI de trabajar por «un auténtico humanismo» para el tercer milenio— que únicamente puede alcanzarse a partir de una renovación «espiritual y moral, es decir, partiendo de las conciencias».

 Precisamente la Universidad constituye para Benedicto XVI un lugar esencial y privilegiado para la construcción de este nuevo humanismo, pues «transmitiendo el conocimiento e infundiendo en los alumnos el amor a la verdad, promoverá en gran medida su adhesión a los valores sólidos y su libertad personal». Y es que la verdad implica mucho más que el mero conocimiento intelectual: «conocer la verdad nos lleva a descubrir el bien. La verdad se dirige al individuo en su totalidad, invitándole a responder con todo su ser». Se trata, como muestra de modo singular la tradición cristiana, de la inseparabilidad existente entre verdad y bien, bien individual y social a un tiempo.

 La universidad tiene así que poner en «el centro a la persona» en toda su integridad y en todo su misterio. Ésta «necesita unidad y síntesis», y ello se alcanza mediante la *sabiduría*, esto es, por medio de la ciencia del "saber vivir", que incluye tanto las cuestiones de la verdad y del sentido (sabiduría filosófica y teológico-religiosa) como la del valor (sabiduría ética). Esto no lo puede cumplir la universidad si las diversas disciplinas que se ejercen en ella, bajo el paraguas de la especialidad, se encierran en sí mismas y rechazan todo diálogo interfacultativo.

 Ciertamente la especialización es buena, dirá el Papa; no así esa idea de especialización que lleva a la fragmentación y al aislamiento sectorial entre las parcelas del saber. Frente a esta tentación, la universidad debe esforzarse por «reconciliar el impulso a la especialización con la necesidad de preservar la unidad del saber». Así, debe fomentar el diálogo y las relaciones interdisciplinarias, superando la «fragmentación interdisciplinar derivada de la especialización» y recuperando de este modo la «visión unitaria del saber». Ello requiere necesariamente que la investigación científica también «se abra al interrogante existencial del sentido de la vida misma de la persona». Por tanto, frente a la *fragmentación*, el Papa reivindica la *comunicación* y la *participación* mutuas entre los distintos saberes, reivindica una auténtica *universitas*.

 Por concretar aún más lo dicho, se debe dejar espacio a la investigación antropológica, filosófica y teológica, que permite mostrar y mantener el misterio propio del hombre, puesto que ninguna ciencia puede decir quién es el hombre, de dónde viene y a dónde va. Por tanto, la ciencia del hombre se convierte en la más necesaria de todas las ciencias». Y es que, más allá de las verdades que nos proporcionan las ciencias positivas, se encuentra «la pregunta más grande que la trasciende —y que repetidamente emerge en ella—, la pregunta sobre la verdad» última del hombre.

 Esto significa que, sin la aportación de estas ciencias humanas, y de modo especial del saber ofrecido por la filosofía y la teología, la universidad queda como sin rumbo, pues pierde su verdadero fin, que es el hombre íntegro, permaneciendo sometida a los vaivenes de lo provisional y de lo parcial, al capricho de una razón reducida y superficial que renuncia a las preguntas últimas y fundamentales. Queda, *sensu stricto*, desalmada y desorientada. Esto significa que los saberes llamados humanistas recuperen el lugar esencial que les es propio dentro del ámbito universitario, y no por una especie de vaga nostalgia del pasado, sino porque *sólo ellos* mantienen viva la irrenunciable y verdadera «cuestión del hombre». Actuando así, la *universitas* es fiel a su identidad y a su estructura interna interfacultativa y dialogante, esto es, comunidad de alumnos y maestros que «buscan juntos la verdad en todos los saberes», caminando unidos —que no metodológicamente mezclados— en la «búsqueda común de caminos que favorezcan el bien y el respeto de todos».

### La pregunta de la universidad por Dios

 Ahondando y concretando más esas ciencias que atañen al hombre no pueden prescindir de la referencia a Dios, «dado que al hombre no se le puede entender plenamente, tanto en su interioridad como en su exterioridad, si no se le reconoce abierto a la trascendencia». La pregunta por Dios es «la pregunta esencial, aquélla de la que depende radicalmente el descubrimiento del sentido del mundo y de la vida». La tradición cristiana se ha referido a ello como «el *desiderium naturale videndi Deum*—el deseo natural de ver a Dios— que está presente en todo hombre».

 Más claramente aún —y apuntando ya a su lugar en la universidad­—, afirma nuestro autor que la cuestión de Dios es idéntica a la cuestión de la verdad, y por eso la universidad no puede ser indiferente ante ella. Es más, dirá que «el mismo impulso a la investigación científica brota de la nostalgia de Dios que habita en el corazón humano: en el fondo, el hombre de ciencia tiende, también de modo inconsciente, a alcanzar aquella verdad que puede dar sentido a la vida». Es así crucial, por tanto, que también la universidad «redescubra el vigor del significado y el dinamismo de la trascendencia», de modo que, estando impregnada de «una auténtica pasión por la cuestión de lo absoluto», se «abra con decisión el horizonte del *quaerere Deum*», y con ello, al saber que procede de la reflexión teológica.

 Y es que —se pregunta en otra ocasión— «¿por qué considerar que quien tiene fe debe renunciar a la búsqueda libre de la verdad, y que quien busca libremente la verdad debe renunciar a la fe?». El cristianismo es la religión del *Lógos* —y *Lógos* significa *palabra*, pero también *razón*—, y ello implica que, en tanto que religión del Lógos, «no relega la fe al ámbito de lo irracional, sino que atribuye el origen y el sentido de la realidad a la Razón creadora, —al Lógos—, que en el Dios crucificado se manifestó como amor y que invita a recorrer el camino del *quaerere Deum* —el camino de la búsqueda de Dios—». De ahí que «la fe en Dios no suprime la búsqueda de la verdad; al contrario, la estimula». En definitiva la fe —una fe auténtica, iluminada y racional, purificada de ideologías sectarias y fundamentalistas—, a la vez que respeta la metodología, los objetos y la finalidad propia de las diversas ciencias, las ayuda a desprenderse de los reduccionismos que la mortifican y la limitan (positivismo y cientificismo, principalmente), así como a «abrirse a una interpretación verdaderamente iluminada de lo real» y del hombre.

# Conclusión

 Las universidades no pueden ser insolidarias con su tiempo, pero tampoco esclavas de él. Frente a los extremismos de la imitación nostálgica de los orígenes, por un lado, y del relativismo e historicismo insustanciales, por otro, una universidad es tanto más fiel a su *vocación* *originaria* —la promoción integral del hombre y de la sociedad— en tanto que es fiel a su *identidad* *originaria* —la búsqueda sincera, constante e interdisciplinar de la verdad plena. Esta es la tesis central de Benedicto XVI.

 Hoy día, ante la vastedad y la complejidad del saber que la humanidad tiene a su disposición, pero también frente a las ideologías reduccionistas de distinto tipo que la amenazan, las universidades, fieles a su auténtica identidad y vocación, siguen conservando la noble y singular tarea de dar respuesta no sólo a las demandas profesionales de la sociedad del momento, sino también, y sobre todo, al *deseo profundo y perenne de verdad* que anhela todo hombre en lo profundo de su ser, un deseo que no se limita a las realidades temporales, sino que apunta a algo más, a una verdad y sentido último de todo lo real: a Dios. Ésta, y no otra, constituyó la razón de ser que dio origen a la universidad hace ya más ocho siglos. A conservar y a fomentar este espíritu, en definitiva, es a lo que lo que nos invita en este libro Benedicto XVI.

1. Versión preparada para la presentación pública del libro. Prescindimos de indicar las distintas fuentes de las citas que aparecen (se pueden encontrar señaladas en el libro). [↑](#footnote-ref-1)